

**UNIVERSIDAD DEL CEMA**  
**Av. Córdoba 374**  
**(1054) Capital Federal**

**Tel.: 4 -314-2269**

**Fax: 4 -314-1654**

**\*ISBN Nro.987-98255-3-5**

**Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723**

**Copyright – UNIVERSIDAD DEL CEMA**

## **NECESIDAD Y DEMANDA DE ECONOMISTAS**

**Juan Carlos de Pablo**

**Julio de 2000**

**Nro. 172**

# NECESIDAD Y DEMANDA DE ECONOMISTAS

Juan Carlos de Pablo \*

Una de las primeras cosas que aprendí en el curso introductorio de economía fue a diferenciar entre necesidad y demanda (como el resto de los seres humanos los africanos necesitan alimentarse, pero no demandan alimentos porque no tienen con qué pagarlos).

Esta diferencia vino a mi memoria porque en las líneas que siguen quiero diferenciar entre aquellas labores que a los economistas nos permiten ganarnos la vida (demanda), y la “misión” que tenemos en esta Tierra (necesidad).

## 1. GRADUADOS EN ECONOMIA Y ECONOMISTAS

Tanto en el plano de la demanda como en el de la necesidad es importante diferenciar entre economista y graduado en ciencias económicas. Este último es quien posee un título de licenciado en economía, doctor en economía, etc., y que puede aplicar el análisis económico o

---

\* Una versión preliminar fue presentada en la Universidad del CEMA, en marzo de 2000, donde se recogieron valiosos comentarios de Jorge Avila, Adrian Guissarri, Carlos Rodriguez y Jorge Streb.

no (es increíble la cantidad de graduados en economía que cuando hablan evidencian que no llevan en la sangre el ABC del análisis económico); mientras que economista es todo aquel que, tenga el título que tenga (lo cual incluye ninguno), se ocupa de los aspectos económicos de la realidad.

Sólo desde una postura artificialmente restrictiva se puede sostener que hay que ser “por lo menos” licenciado en economía para poder enseñar a diferenciar las curvas de oferta y demanda, para poder informar en TV cuánto aumentaron o bajaron los precios al consumidor durante el mes anterior, o para poder llevar adelante una política económica, una empresa o una institución. Con la misma firmeza con la que los economistas rechazamos la pretensión de que “hay que ser abogado para ser presidente de la Nación”, debemos resistir la tentación de pensar que “hay que ser graduado en economía para ser ministro de economía de la Nación”.

Afortunadamente nadie objeta al abogado Olivera, o a los ingenieros Alsogaray, Diamand y García Olano, porque actuaron, opinaron u opinan sobre los aspectos económicos de la realidad, como en su momento nadie objetó al profesor y funcionario de aduana Adam Smith, al agente bursátil y terrateniente David Ricardo o al clérigo Robert Malthus. En el “mercado” de las ideas el gremio cree en lo que predica: hable, y será juzgado por lo que diga, no por los pergaminos que lo “respaldan”.

## 2. SERVICIOS PUBLICOS Y PRIVADOS

Como nadie está obligado por ley o amenaza mafiosa a contratarnos, nuestros ingresos existen porque crean valor.

Siguiendo a Wicksell y Lindahl, Samuelson (1954) diferenció entre bienes privados y públicos, no en el sentido de producidos por los sectores privado y público respectivamente, sino según la posibilidad de exclusión desde el punto de vista del demandante. La medialuna que me como no se la puede comer nadie más, mientras que una transmisión de TV abierta la comparto con cualquier otro que la esté mirando, cada uno en su aparato de televisión. Esta diferente posibilidad de exclusión tiene importantes implicancias sobre el financiamiento de

los bienes, porque mientras en el caso de los bienes privados el consumidor no tiene más remedio que revelar sus preferencias (si no pongo sobre el mostrador de la panadería los pesos con los cuales se compra, no me junto con la medialuna), en el caso de los bienes públicos conviene mentir (digo que el programa de TV no me interesa, así a mí no me cobran, pero como de cualquier manera lo van a emitir, igual lo veo... gratis). Lo cual fuerza a imponer el financiamiento de los bienes públicos (por eso los impuestos).

En términos generales la demanda de nuestros servicios está asociada con la producción de servicios privados, y la necesidad con la de servicios públicos.

Un, para mi gusto, desafortunado subproducto de este hecho merece ser destacado. En Argentina se gana mucho más dinero analizando y criticando la política económica, que diseñándola e implementándola. Lo cual implica que los equipos económicos están integrados por ricos, patriotas, personas que creen que van a durar muy poco en el cargo, o individuos que complementan su salario público con otro tipo de “ingresos”.

Esto es así porque mientras el beneficiario de una política económica exitosa es la población en general, y por consiguiente dichos beneficios son difícilmente compartibles con el titular de un equipo económico, los beneficios de la explicación de dicha política a una persona o a una empresa, con cuyo conocimiento puede ganar anticipándose a los demás, son mucho más fácilmente compartibles (¿cuánto puede cobrar en el ministerio de economía Machinea por llevar adelante una política económica que evite la devaluación, cuánto le puedo cobrar yo a la empresa “x” por explicarle qué creo que va a hacer Machinea con el tipo de cambio, para que actúe en consecuencia?). El hecho es entendible, lo cual no quiere decir que deje de ser muy desafortunado.

Como a los ojos de los demandantes los servicios que prestamos los economistas no son un commodity (bien fungible, es decir, que una unidad no se distingue de otra), algunos de nosotros ganamos mucho y otros no tanto. La estructura de remuneraciones de la profesión no refleja las diferencias de calidad de los servicios que prestamos según lo dictamina un tribunal

de sabios, sino los consumidores, sobre la base de sus propias percepciones. No sorprendentemente, el fenómeno ocurre en todas las profesiones (¿quién dijo que Carreras, Domingo y Pavarotti son los 3 mejores tenores del Mundo? Son “apenas” los 3 mejores pagados, porque se “venden” mejor)<sup>1</sup>.

### 3. DEMANDA

Economistas y graduados en economía nos ganamos la vida satisfaciendo tanto demandas intermedias como finales.

La demanda intermedia es básicamente la educación. Muchos viven de enseñarle análisis económico, historia económica, econometría, etc., a futuros graduados en economía; dictando clases, escribiendo manuales, “traduciendo” los aportes de quienes mueven la frontera del conocimiento, a lenguajes inteligibles para el resto de la profesión, etc. Una porción de la investigación, tanto pura como aplicada, es en rigor un subproducto de la educación, porque –particularmente en el nivel posgrado- cuando se eligen profesores no se le presta tanta atención a cómo encaran un curso, cuanto a sus publicaciones (de ahí el famoso publish or perish, es decir, publica o perece).

La humanidad dedica recursos a la educación, porque quienes mueren le dejan a sus seres queridos casas, autos, pijamas (como recuerda una canción de Juan Manuel Serrat) e ideas... si las pusieron por escrito, pero no lo que tenían en su mente. El proceso educativo, entonces, consiste básicamente en reponer en la cabeza de los infantes, el capital instalado en la de los gerontes (como toda reposición, el proceso educativo también introduce cambio tecnológico, de la misma manera que cuando se rompe un televisor, un lavarropas o una computadora, se lo reemplaza por otro, no por otra unidad del mismo modelo).

---

<sup>1</sup> Rosen (1981) analizó la economía de las “superestrellas”.

La demanda final es múltiple. Muchos viven diseñando e implementando políticas económicas en gobiernos nacionales, provinciales y municipales; analizándolas dentro de las empresas, en consultoras, organismos internacionales o medios de comunicación; enseñándole análisis económico a quienes no van a ser graduados en economía; argumentando como si fueran “abogados” en favor o en contra de protecciones o regulaciones específicas; dirigiendo personalmente empresas o instituciones; etc.

Los graduados en economía comenzamos a ocuparnos de las diferentes demandas en distintos momentos del tiempo. Cuando a fines de la década de 1950-comienzos de la de 1960 arrancó la carrera de licenciado en economía, fuera del ámbito universitario la profesión consideraba “honorable” trabajar en el Ministerio de Economía, el Banco Central, el Consejo Nacional de Desarrollo, el Consejo Federal de Inversiones, el Instituto Torcuato Di Tella o la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas. Con el tiempo, casi resignadamente, consideró que también formaban parte de la demanda final “honorable”, las tareas de consultoría y divulgación, realizadas en empresas, instituciones y medios masivos de comunicación.

Como pionero en los medios masivos de comunicación, en los primeros años tuve que bancarme algunas opiniones despectivas. Me consoló saber que no se trataba de nada personal, ni siquiera nacional, cuando leí que “cuando mis colegas del New York Times usan la palabra ‘académico’, no están halagando a nadie, porque quieren significar irrelevante. Y cuando mis ex colegas en la academia describen el trabajo de alguien como ‘periodístico’, invariablemente quieren significar poco profundo” (Weinstein, 1992).

Retomando, para enfatizar, una distinción realizada al comienzo de este ensayo, una cosa es recibirse de licenciado o doctor en economía, y otra es trabajar “de economista”. Los estudios superiores sirven para aprender que uno tiene que arreglárselas por sí mismo, para aprender a aprender, y para familiarizarse con una disciplina. Todo este bagaje, más lo que aprende a partir del resto de las experiencias que le tocan vivir, cada uno lo pone en funcionamiento en el trabajo que le toca o consigue.

#### 4. NECESIDAD

¿Debemos, quienes nos ocupamos de los aspectos económicos de la realidad, agotarnos en el tipo de labor descripta en la sección anterior de este trabajo?

No estoy despreciando la enseñanza, la consultoría o la actividad en medios de comunicación (actividades que practico), ni el diseño y la implementación de la política económica (actividades que no practico, pero veo practicar). Lo que pregunto es si debemos agotarnos en esto.

Bien puede sostenerse que la “tribu” no le debe nada al resto de los seres humanos, por encima de los servicios con los cuales nos ganamos la vida; pero por el contrario pienso que sí le debemos algo, más propio del rol del intelectual.

El intelectual primero tiene una “visión” de la cuestión que lo ocupa y preocupa (por eso, desde una lectura superficial, muchas veces es tildado de charlatán –o confundido con ellos-) y luego un desarrollo. La Teoría General de Keynes está más cerca de la visión que del desarrollo, que en buena medida quedó a cargo de otros economistas.

Es preciso enfatizar que lo que la tribu le debe al resto de los seres humanos es típicamente un bien público, y por consiguiente cabe esperar remuneraciones no monetarias (la gloria, la fama, etc.), o remuneraciones monetarias provenientes de interesados en el desarrollo de bienes públicos (mecenas, fundaciones, etc.).

. . .

En ese rol intelectual lo que la tribu tiene que hacer hoy es “volver a las fuentes”. Pienso en Smith, Ricardo, Malthus, Marx. ¿Se los imagina preocupados por la variación del nivel de los precios al consumidor durante el último mes; por la del índice de producción

industrial del último trimestre; por la modificación de la tasa de desocupación durante el último semestre? Ni qué decir del seguimiento “en tiempo real” del Dow Jones o la tasa interna de retorno de cuanto bono existe en los mercados financieros.

Ellos tenían preocupaciones sistémicas. La perspectiva sistémica explica la diferencia que existe entre los enfoques profesional e intuitivo frente a cualquier hecho. Porque soy economista y no policía, cuando un jubilado me plantea su problema le contesto desde el régimen jubilatorio, pero cuando salgo a cenar afuera no me importa si el índice de criminalidad está aumentando o disminuyendo, lo que quiero es que a mí no me asalten.

En su versión estática, la preocupación sistémica tuvo que ver con el enorme esfuerzo que, desde Walras y Pareto, los economistas pusimos en analizar el equilibrio general de una economía. Preocupación que más allá de la prueba matemática de la existencia del equilibrio general de una economía competitiva, enfatizó un punto muy importante: las limitaciones de los análisis de equilibrio parcial, dadas la complementareidad y sustitución que existe entre los bienes.

En términos de política económica, la preocupación sistémica prepara particularmente a los economistas para convertirnos en defensores de los ausentes en la mesa de negociaciones: recordamos que hay ahorristas, y no sólo deudores, cuando se analizan las tasas de interés; recordamos que hay consumidores, y no sólo productores, cuando se analiza la protección arancelaria; recordamos que el mundo no termina hoy, cuando se analizan el ahorro, la devaluación y la credibilidad de las autoridades económicas, etc.

En su versión dinámica, la preocupación sistémica plantea el siguiente interrogante: ¿quo vadis?. Cuando Smith pugnaba por la desregulación del sistema económico, cuando Ricardo recomendaba liberar el comercio internacional y promover el progreso técnico, y Malthus propugnaba medidas para evitar la explosión demográfica, estaban todos pensando en posponer la llegada al estado estacionario, y cuando Marx recomendaba la estatización de los medios de producción para evitar las contradicciones del capitalismo, también manifestaba preocupaciones sistémicas.

. . .



En 2000, encarar la perspectiva sistémica quiere decir primero y principal ocuparnos de la globalización económica<sup>2</sup>.

Mi visión de la globalización económica deriva de la reducción significativa y sistemática de los costos de transporte y comunicación. La novedad no es que antes los chinos y los argentinos eran tontos y ahora son vivos, la novedad es que antes lo que cada chino y cada argentino hacían para ganarse la vida, no afectaba al otro, y ahora sí (por eso cuando a mediados del siglo XX fuí a la escuela primaria, para mis maestras China era la tinta china, la Muralla china, los cuentos chinos y los palitos chinos... y ahora es el “monstruo” que va a devorarnos a todos).

Desde esta perspectiva la evolución es así: cuando Dios echó del Paraíso a Adán y a Eva los costos de transporte eran altísimos, y el Día del Juicio Final van a ser nulos. Cuando los costos de transporte son altísimos, cada ser humano no tiene más remedio que abastecerse individualmente o interactuando con sus vecinos, mientras que cuando sean nulos va a poder interactuar con cualquier otro ser humano, no importa el lugar del Globo donde habiten uno y otro.

Piénsese en alguien a quien le gusta escuchar música. Cuando los costos de transporte son altísimos, no tiene más remedio que escuchar al tenor que vive en su misma cuadra. Si tiene la suerte de que es un buen tenor, puede pasar un momento muy agradable por poca plata, porque la demanda de este cantante es sólo la de algunos de sus vecinos; mientras que si tiene la mala suerte de que es un mal tenor, no tiene más remedio que aguantárselo. Ahora bien, a medida que disminuyen los costos de transporte, el melómano se puede trasladar más cuadras, en busca de mejores tenores, quienes entonces mejoran su posición relativa con respecto a los peores tenores, los cuales van perdiendo por lo menos parte de su público. De manera que como consumidores estamos mejor, porque podemos escuchar a mejores tenores, pero al mismo tiempo se amplía la brecha de ingresos entre los buenos y los malos tenores.

. . .

Este proceso de globalización tiene 3 características principales.

En primer lugar, se trata de un proceso básicamente espontáneo. No digo al azar, sino espontáneo, en el sentido de que resulta de millones de decisiones cotidianas que se adoptan de manera no coordinada.

En segundo lugar, se trata de un proceso que se entiende mejor cuando se lo personaliza. Las cosas no le ocurren a los países, las regiones o los continentes: le ocurren a las personas. Por eso la pregunta: ¿le conviene a Argentina formar parte de Mercosur? no tiene contestación, porque hay argentinos que a raíz de que Argentina forma parte de Mercosur están mejor, otros están igual y otros peor; de la misma manera que tiene que haber canadienses muy contentos con que Canadá forme parte de NAFTA, otros indiferentes y otros tristes. De ahí que cuando se discutió la posibilidad de que Chile se incorporara a Mercosur, yo razonaba de la siguiente manera: si como consecuencia de esto comienzo a dictar conferencias en Valparaíso, me parece fenómeno; mientras que si los economistas chilenos comienzan a dictar conferencias en Mar del Plata, me parece una porquería.

En tercer lugar, la globalización económica dramatiza la no neutralidad del progreso. El cambio tecnológico crea y destruye valor. Quien inventa un nuevo modelo de computadora, automáticamente hace que el resto de los oferentes fabrique computadoras “nuevas”, que en realidad son “viejas”. Los primeros 395 kilómetros de la ruta nacional 2 tienen hoy 2 carriles por mano, por lo que puedo unir Buenos Aires y Mar del Plata en 4 horas, encima de lo cual el tanque de mi auto me permite llegar sin tener que parar durante todo el trayecto (razones prostáticas, más pertenecer a la generación donde parar era parte de la diversión, explican por qué me detengo). “¿Qué les parecen los 2 carriles por mano?”, le pregunté a los alumnos de la facultad de ciencias económicas de la Universidad Nacional de Mar del Plata ¡Fantástico, profesor!, exclamaron a coro. Claro, ustedes porque no tienen una parrilla en Dolores, o una estación de servicio en Lezama. Pregúntele al dueño de Atalaya qué opina de los 2 carriles por mano. Con el mismo criterio; ¿qué opinaron los dueños de los barcos, de la apertura del Canal de Suez?; ¿y los fabricantes de velas, de la invención de la lámpara eléctrica?

. . .

---

<sup>2</sup> Junto a una permanente tarea de diseminación de los conocimientos. Siempre habrá que recordar que la relación

Esto es lo que sé, el resto constituye una agenda de investigación<sup>3</sup>.

Una porción de esta investigación tiene que ver con las implicancias de la globalización sobre la vida de cada uno de nosotros, por una parte, y sobre lo que cabe esperar del Estado por la otra.

A nivel individual, la clave consiste en dejar de pensar que desde el punto de vista económico operamos en un barrio, una ciudad, una provincia o una nación, para comenzar a pensar que operamos en el mundo. Lo cual quiere decir que competimos con personas y entidades ubicadas cada vez más lejos desde el punto de vista geográfico, pero también que podemos llegar con nuestras mercaderías y servicios a lugares cada vez más distantes de donde vivimos nosotros. Por consiguiente, la relación entre el mundo y... yo (no entre el mundo y Argentina) tiene que ser parte de la preocupación de cada uno de nosotros.

El Estado como lo conocimos probablemente no desaparezca, pero el impacto de la globalización económica sobre las finanzas públicas no es menor. Los secretarios de hacienda de los países se “enteran” que existe la globalización económica por la erosión de las bases imponibles y la correspondiente caída de la recaudación (en un mundo con costos de transporte cero, lo único que le queda cautivo a la DGI de un país son la tierra, los inmuebles y los seres humanos que deciden no migrar), lo cual obliga a redefinir las demandas “sociales” sobre el gasto público.

Conclusión: temas para analizar no faltan, lo que tenemos que hacer es construir un espacio, dentro de nuestra profesión, para ocuparnos de ellos.

---

entre déficit fiscal, cantidad de dinero e inflación, es menos flexible de lo que desean los políticos.

<sup>3</sup> Junto con Rudiger Dornbusch y Julio Noguez, por encargo del Consejo Empresario Argentino estoy preparando un trabajo sobre globalización, que espero este terminado antes de que finalice 2000.

Los interesados en la cuestión que no puedan esperar hasta esa fecha pueden leer con provecho Friedman (1999) sobre la globalización actual, y O' Rourke y Williamson (1999) sobre la globalización en el siglo XIX.

## REFERENCIAS

Friedman, T. L. (1999): The lexus and the olive tree, Farrar Straus Giroux, Nueva York.

O' Rourke, K. H. y Williamson, J. G. (1999): Globalization and history, The MIT Press, Cambridge, Massachusetts.

Rosen, S. (1981): "The economics of superstars", American economic review, 71, 5, diciembre.

Samuelson, P. A. (1954): "The pure theory of public expenditure", Review of economics and statistics, 37, 4, noviembre.

Weinstein, M. (1992): "Economists and the media", Journal of economic perspectives, 6, 3, verano.